

NOTAS

FRAY LUIS DE LEÓN Y LA FILOLOGÍA ESPAÑOLA. A PROPÓSITO DEL *HOMENAJE A FRAY LUIS DE LEÓN*, DE MARGHERITA MORREALE*

PABLO JAURALDE POU
Universidad Autónoma de Madrid

Un hermoso y extenso volumen acaba de aparecer con el extraño título, por infrecuente, de *Homenaje a fray Luis de León*, bajo la autoría de Margherita Morreale, premio Nebrija en 1996 (compartido con Jean Vilar). La profesora de Padua es una de las más prestigiosas filólogas de todo el ámbito hispánico, quizá del románico, y sus múltiples y puntillosos trabajos sobre aspectos filológicos, particularmente sobre textos clásicos españoles, han servido muchas veces de criterio para trazar con rigor nuestra historia literaria y para conocer mejor nuestra lengua. Incluso para reconvenir a academias, institutos y otras instituciones culturales encargadas de velar por nuestra lengua, sea por su desacierto, sea por su falta de rigor.

Lo que uno se encuentra en ese inmenso mar de sabiduría es un universo filológico expuesto y motivado por la lectura de las odas luisianas, sobre todo por las odas y sobre todo por fray Luis de León, aunque otros capítulos y secciones hay que se van hacia textos y autores cercanos, especialmente para analizar un soneto de Quevedo («Muger llama a su madre cuando espira...») y el mucho más difundido «No me mueve, mi Dios, para quererte», que conectan con el universo espiritual en el que se mueve fray Luis. Entrar a fondo en esas páginas, trazadas con tanto conocimiento como pasión, y con una buena dosis de paciencia, es sumirse en un sinfín de aspectos, temas, problemas que atañen —insistiré conscientemente en la palabra— a la *Filología*, desde la lectura inicial del texto hasta su interpretación y exégesis, sin perdonar ni un solo aspecto en un itinerario que recoge todo: lectura y edición, fuentes, aspectos lingüísticos (léxicos, morfológicos, sintácticos...) y semánticos, métricos, retóricos... Incluso a veces la investigación arranca de mucho antes, como cuando se muestra la perplejidad (págs. 78-79) por la denominación y el paradero de las fuentes

* Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, 1336 págs.

(«¡No hay que andar pasos para saber a qué se refieren los estudiosos cuando hablan del códice» x...!; y véanse las piruetas para averiguar la referencia de J. M. Blecua con «un cancionero», en pág. 133 y notas). Veces hay en las que la autora traza su discurso caminando literalmente por las palabras —y al pasar por las palabras se detiene en las letras y en los espacios— por los signos diacríticos, por los signos simples. En sus índices se encuentra un repertorio léxico, gramatical, etimológico, temático que servirá para seguir trabajando en la elaboración de diccionarios y gramáticas históricas, en el estudio de temas y fuentes, en los aspectos mínimos de lo que nosotros hoy leemos y disfrutamos como literatura clásica. Haré una breve estación ahora para subrayar que el libro se ajusta harto mejor a libro de consultas que de lectura lineal, es decir, se viste de aires de diccionario y como tal tendrá que preferirse en los anaqueles para solventar problemas filológicos.

No será esta una nota formularia que se encarrile por las alabanzas, sobradamente justificadas. El enorme esfuerzo que ha debido significar la redacción del libro, primero, y mantener ese sobrado millar de páginas vivas, en pie, ha causado ciertas erosiones perfectamente justificables, algunas de ellas (como la de la Métrica, la de la Historia de la lengua o la de la Retórica...) recorren todo el libro y merece la pena que, con menor conocimiento, pero con el mismo entusiasmo, las expongamos para intentar el diálogo fructífero que significa, al seguir el magisterio de la profesora Morreale, nuestro homenaje de aprendices.

Su recorrido lineal va, después de dos hermosas páginas prologales, que he reservado para su reseña periodística, por su amplitud de contenido y el carácter de sus observaciones, va, decía, de una semblanza de fray Luis, que abre la primera parte del libro, constituida por siete capítulos sobre aspectos mayoritariamente ecdóticos, a una «Presentación» de cuatro capítulo más. Constituyen el resto del volumen diez auténticas monografías sobre la oda VI, IX II, XVIII y XIX («En la Ascensión» y «De la vida del Cielo»); la adaptación de la primera Bucólica virgiliana; la versión de las Geórgicas, «con un glosario de nombres botánicos»; el salmo 41 en su adaptación a la lira; el *Libro de Job* en tercetos; y el salmo 102 en versiones distintas. Monografías capitulares que se completan con dos apéndices y un repertorio de índices y codas.

A partir del capítulo 4º de aquella primera parte se abordan las cuestiones textuales («Obstáculos para la comprensión de la poesía luisiana en la presentación del texto»; «El grado de comprensión juzgado por el tenor de los comentarios»; «El grado de comprensión juzgado por las soluciones de problemas textuales»; y «Vicisitudes de una andadura inacabada hacia el establecimiento del texto») y podemos comenzar a disfrutar del método filológico, que se las ha para empezar con tildes, comas y otros signos diacríticos. Haremos alguna breve observación para penetrar en la maravillosa selva filológica que nos aguarda. Quizá la referencia más interesante es la que todavía hay que seguir realizando

en el caso de los «como» completivos o de los que introducen hechos constatados (*Entonces veré como la soberana mano echó el cimientos...*) ciertamente ambiguos en los casos que cita, pues más dicen la manera, el «cómo» echó los cimientos, que la constatación, el «que» echó los cimientos (véase también pág. 113, nota).

Seguimos. Es justo en ese momento cuando MM introduce uno de los criterios más discutibles de todo el libro (pág. 45), al criticar (el ejemplo primero es *Éolo* vs *Eolo*)...: «la prosodia de algunos latinismos los editores tienden a adecuarla a la forma reglamentaria hoy acorde con el acento condicionado por la penúltima, que pide la prosodia proparoxítona si es breve, y paroxítona, si larga...». Es evidente que las tildes de MM, y de tantos otros, no siguen los cauces del verso ni del ritmo cuando actúan escribiendo así: «esa purpúrea rosa» (pág. 486, heptasílabo, claro, véase pág. 543), de manera que habrá que solucionar el problema de otra manera. Volveremos a encontrárnoslo a propósito de los análisis métricos, a los que ahora vamos.

El análisis métrico formal, que MM establece de modo teórico muy en el arranque del volumen, recorre el libro y suele ser, al tiempo que lo más convencional, también lo más frágil, pues para lograr la regularización o el análisis en otros casos se acude a expedientes quizá viejos, superados. Resultan llamativas las minucias, como los ejemplos de «dialefa» con la y entre vocales, es decir, algo que ni siquiera merecería la pena señalarse (aunque puestos, sí hubiera sido interesante marcar hacia dónde se abría o cerraba la sílaba en cada caso) o los criterios extraños, como que en ningún momento se ponga en relación acentos rítmicos y carga semántica de las palabras; es muy corriente, por ejemplo, y por citar uno de los casos (pág. 347), que la sílaba inicial de *alma*, la palabra clave de los poetas del siglo XVI, repela la sinalefa. Tampoco hubiera hecho falta señalar (pág. 504) que en la rima se implica la segunda de las vocales del diptongo («cielo/duelo; tierra/guerra...»), no se entiende cómo puede ser de otra manera si se dan todas esas condiciones. Como ya dijimos, cuando se marca las sinéresis de «purpúrea» y semejantes, quizá se hubiera debido resaltar que es lo normal en todas las épocas, incluyendo la actual, y que nuestro sistema de tildes contraviene sistemáticamente el sistema rítmico y daña los versos. Más grave parece que se reintenten regular los sonoros y frecuentes endecasílabos con acento en 6.7, del tipo del garcilasiano «Flérida para mí, dulce y sabrosa», explicándolo como pérdida del acento en esa posición «a favor de las sílabas anterior y posterior» (?) «que todo navegante haze otro tanto» (IX, 50). Ya son muchos los estudios que han aludido a esa peculiar y brillante sonoridad del endecasílabo, que cierra con la secuencia del adónico (óoo óo). Lo curioso es que cuando analiza la oda 6ª le asalta el verso (55) *el ojo mofador; busca la vida* (J), frente a *el ojo mofador; buscó la vida* (Q) y se limita a señalar que los editores modernos evitaron el acento 6ª-7ª, que era, precisamente, el genuino

(pág. 340) y le hubiera venido de perlas para desechar nuevamente el testimonio de Q. La estudiosa mantiene cierta repugnancia a aceptar versos de ritmo vacío, como el heptasílabo «si te presentare» (IX, 66), y se pierde en razonamientos que hubieran debido zanjarse acudiendo al concepto jakobsoniano de «ejecución», que a veces roza (pág. 159). En fin, es parte algo débil, que necesitaría de una cierta revisión para sacarla de las viejas redes de la métrica antigua, lo que parece conceder en la nota 929 de la pág. 344. En ese contexto, natural parece que se le escapen a MM las infinitas posibilidades que el análisis métrico abre a la peculiar sintaxis de la lira, que sí que es propicia a una composición extensa, contrariamente a lo que aduce (pág. 345), pero que exige la comprensión sintáctica, abre las tormentosas construcciones hiperbáticas y perfila la sonoridad de los versos de modo extremadamente complejo. Y es natural que al utilizar las plantillas de la vieja métrica (págs. 350 y ss.), califique de «heroico» tanto un verso vacío de ritmo («y como si jamás nacido hubiera», pág. 1101), como un sáfico («por quien ardiste en celos, por quien a uno»); y de enfáticos tanto «y lo que me condena te presento» (que es un verso de ritmo vacío), como «al que su torpe mal lavando estaba» (que es un buen sáfico), como «límpiente mis cabellos de tormento» (que sí lo es, claro); lo malo no es la denominación, lo malo es que no se aprecie que son versos de ritmo distinto. Este tipo de errores reaparece cuando se atraviesa los pasajes de análisis de la métrica (muchos ejemplos en págs. 666-667, págs. 705-707, 1029-1031, 1270-1271, etc.) En casos concretos, MM elige sorprendentemente el verso equivocado, como cuando (pág. 1093) entre J «soy largo en perdonar, la ira olvido» (defectuoso, es un ritmo 2.6.9) y Q «soy largo en perdonar la ira, y olvido» (2.6.10) señala que el último «interviene torpemente en el ritmo».

Para las cuestiones métricas, ya hemos aducido un problema de fondo, que tiene que ver quizá con la magnitud del esfuerzo ensayado por MM, que en el caso de esta disciplina ha debido apoyarse en sistemas en la actualidad poco finos; es decir, hemos venido trabajando en Métrica con lo que había. Es extraño lo que va apareciendo poco a poco: «aducir otros ejemplos del uso del adverbio como apoyo rítmico» (oda, 5. 17-19, para *ansí*, ¿y cómo, si no?). Las cuestiones de métrica y, particularmente, ritmo confunden sobremanera (pág. 70); se abordan por primera vez en pág. 155 y ss. En realidad MM ha empleado como teoría base la del riquísimo tratado del suizo A. Menichetti, ilustrada aquí y allá por los clásicos de Navarro Tomás, Baehr, etc. Bien se ve por los resultados que no se ha atrevido a aplicar criterios menos tradicionales (Ferguson, por ejemplo) y que no le han llegado las aportaciones de García Calvo o Valera et *alii*, por solo hablar de tratados mayores. Enfrentados a su aplicación práctica y real, pronto comprobamos que el análisis métrico de MM se tuerce en dos momentos: primero, porque cree que hay solo una posibilidad de ejecución o realización fonética de cada verso y de cada poema; segundo, porque aplica a rajatabla

las pautas métricas teóricas hasta el punto de forzar la realidad textual cuando el verso se integra mal en el corsete teórico; tercero, porque no discierne entre entonación, pronunciación, etc. y cada uno de sus elementos (por ejemplo, la pausa no suele romper el ritmo, véanse apreciaciones confusas en págs. 356-357). Al margen de esta situación, por supuesto, en el análisis ceñido a textos y pasajes concretos, se dan también en el aspecto métrico comentarios y aspectos que iluminan las odas.

El problema de fondo, más grave, por cuanto se reitera frecuentemente y sirve a veces de criterio ecdótico, es el proclamar para las odas luisianas una lectura en voz alta que aclare problemas no resueltos. Así se defiende en el primer párrafo de la parte II, capítulo 1 (pág. 139), y en muchos momentos cruciales, particularmente por su carga crítica, por ejemplo rematando un análisis de los signos de puntuación y abriendo el panorama métrico (págs. 155 y ss.; o en págs. 357 y ss.) Digamos que en ese criterio confluyen dos cuestiones distintas, una de carácter filológico y otra de carácter ideológico: no son las odas luisianas, por su estructura sintáctica sobre todo, para ser leídas y entendidas en voz alta, más bien necesitan de la lectura reflexiva y silenciosa que vuelva una y otra vez sobre sus versos, aunque solo sea para desenredar hipérbatos y comprender la peculiar gimnasia semántica de los conceptos. La interiorización de los «efectos en el alma», por otro lado, es un logro histórico que avanza desde Garcilaso («Cuando me paro a contemplar mi estado», «Escrito está en mi alma vuestro gesto», etc.) y permite esa lectura reflexiva e íntima: es el resultado de la libertad burguesa, dicho sea con la simplicidad que entraña esta frase, que aboca a Descartes y sus contemporáneos (que todo pase por mi modo de pensar). La intimidad, en cierto modo, va contra la lectura. «Las infracciones contra el sentido, y la entonación, se multiplican por la mala puntuación o la falta de ella...» dirá en otro momento la autora (pág. 48); o incluso «Por la mala puntuación no pocos versos se presentan contra el sentido, e incluso contra la curva de entonación que conduce al encabalgamiento...» (ídem). Pasajes extensos o significativos en este sentido se hallarán en las páginas 50, 63... y con ese propósito explícito se corona el capítulo 4º: «... abogamos aquí por la recitación en voz alta (así se concebían los textos literarios) que encauza hacia una mejora en las ediciones, por cuanto el ritmo apropiado selecciona los rasgos pertinentes, y es fruto de las decisiones que de otro modo tienden a soslayarlos» (pág. 52). Nótese que en todos estos casos parece aducirse como correcto: primero, lectura en voz alta; segundo, la puntuación «según la entonación». Ambas premisas son sobradamente peligrosas y parecen adherirse a una doctrina que no siempre se puede compartir: la de que la puntuación del español es tonal. No es momento para discutirla, lo he dicho por algún otro lugar, pero si ya se venía de que fray Luis es para leerlo en voz alta, el resultado no acabará por convencer filológicamente. Las perturbaciones entre pronuncia-

ción y puntuación afloran frecuentemente al análisis, como cuando al referirse a IX, 67-68 confiesa «ante la conjunción *si* hay una pausa leve, que no puede marcarse con (,)». La mayoría de las veces, aunque sin hacerlo teóricamente explícito, MM se mueve en el doble terreno de la ordenación sintáctica y de la entonación (ejemplar lo que se dice en las págs. 506-507), con excelente tino, desde luego. Las consecuencias de otorgar a la lectura, al recitado, de los versos un estatuto excesivamente rígido, no un abanico de posibles *ejecuciones* (tomo el concepto, ya que lo cito ahora por segunda vez, de Jakobson y escuela), acartona los análisis sobre los encabalgamientos (pág. 503 para IX), de manera que, cuando se llega a 3.3 y se confiesa que «servirá para que el lector lo aplique a una transcripción entonada en la lectura en voz alta» (pág. 503), volvemos a dudar de la mayor y, ahora, de la menor. Para decirlo en los propios términos de la hispanista: el error estriba en atribuir una correspondencia fija entre factores formales, entonación e interpretación, tal y como se lamenta en pág. 357.

El aspecto de la transformación de las grafías, que se aborda teóricamente a partir de la pág. 139 y ss., vacila sobre la determinación modernizadora o conservadora, de manera que, tras la constatación de hechos en los autógrafos, discurre sobre la vacilación en el timbre las vocales, las agrupaciones de consonantes, la confusión de las bilabiales, etc., ejemplos clásicos que se aderezan con el relajamiento de la fricativa final, que se ensordece y resbala su punto de articulación («saluz»). La relación recoge todos los casos típicos que asaltan al editor de textos del siglo XVI-XVII: la *s*-líquida, la doble consonante interior, los dígrafos tipo *ph* o *th*, la *m* o *n* implosiva, las sibilantes, etc. Por lo normal, MM prefiere la solución etimológica cuando no signifique una reacción culta («*eloquentes*»); siempre quedará, sin embargo, en el aire la cuestión de si quien deforma la escritura y elige mal en caso de vacilación, lee e invita a una lectura desviada (la de los «necios»). En efecto, estos son los casos con los que ya se alcanza al cuerpo léxico, de muy difícil resolución (*hibierno, invierno; agora, ahora; ansí, assí; mugier, mujer; etc.*) cuando no acompaña claramente el autógrafo, lo que ocurre, por ejemplo, con la preferencia luisiana por el dígrafo *-tt-* o con *tam* (= ‘tan’). Ocasiones hay en los que la editora propone que en la doble representación gráfica se lean sendas acepciones, como en el latinismo *zelus* (salmo 44.36: «La justicia es tu zelo»), frente a *celo*, que significaría como hoy. Rigurosas y sutiles —y conocidas ya— son las normas por las que se mueve para establecer los criterios de las mayúsculas.

En aquel mismo apartado (págs. 149 y ss.) son iluminadoras las explicaciones sobre los signos diacríticos: el exceso de comas: «*Y luego, sosegada, el paso entre los árboles torciendo...*», en donde basta con quitarlas y recordar el significado adverbial de *luego*, ‘enseguida’, modificando a *sosegada*. Ejemplo

como muchos en los que uno se admira de como —va sin tilde— frecuentemente es la sencillez primitiva la mejor lectura, frente a los excesos del editor. Otros casos incurren en faltas tradicionales contra la redacción (como el de separar mediante comas oraciones con el mismo sujeto, sobre todo en construcciones con gerundio), que añaden esa mancha a los textos editados (*el cielo, vueltas dando...* = *el cielo vueltas dando*; y véase también pág. 1277). Existe todo un tratadillo disperso sobre la (,) ante copulativa coordinante (pág. 506 y luego pág. 522); o precediendo al segundo o último elemento yuxtapuesto (pág. 151, pág. 1111), u ordenando de forma peculiar (págs. 486-487), o incluso cuando hay que omitirla a pesar de la pausa (pág. 502, pág. 917), sin que falte el problema de cómo presentar las interjecciones (pág. 523) y las interrogaciones (pág. 716). Nótese la excelencia de una anotación sencilla: «... el movimiento de la mano en el papel propiciaba la omisión de signos y la disminución de la diferencia con los de las mayúsculas» (pág. 152). En fin, al recomendar la «parsimonia», MM defiende la parquedad en el sembrado de signos de puntuación de un texto clásico, subrayando como —otra vez sin tilde— «la sintaxis vernácula de los humanistas deja trasparentar su familiaridad con el latín, que como lengua flexiva es más autosuficiente» (pág. 152). El caso al que concede mayor discusión es el de la pareja de atributos: «*aquesta celestial eterna esfera*», «*en este valle hondo, oscuro*», etc., que podrían ir sin coma cuando inciden de modo distinto en el sustantivo (el primer ejemplo), cuando entre los adjetivos media una diferencia morfológica («*la belleza caduca engañadora*»), o cuando podría haber jerarquización («*al son dulce acordado*»).

En lo que se refiere al trillado caso de la anotación de los textos clásicos, eso es lo que se aborda en el cap. 5, en donde además de las observaciones puntuales, merece la pena destacar el conjunto de observaciones que MM va desgranando a lo largo del texto y que constituyen apreciaciones impagables, por más que, como en otros casos, parezcan sabidas y sencillas: «...la mayor amplitud semántica que muchos vocablos tenían antaño...» (pág. 58), «la costumbre de no respetar las partes del discurso en su forma base»; «la falsa distribución sintáctica (*ya del día / las horas corta escaso...*, dicho de Febo, en donde *escaso*, 'breve', modifica a *Febo*)... Son problemas muy conocidos que caracterizan el modo más corriente de editar hoy, modernizando con anotaciones. El rosario de desajustes lleva a la exposición de lo que sería lógico, pero no lo es: «en lugar de atraer por fas o por nefas el texto de antaño hacia el uso moderno (suponiendo que se domine este) y adaptar los vocablos a la medida del hombre actual, sería mejor enderezar al lector hacia el estudio de la lengua de la época y del escritor en cuestión...» (pág. 63). He gastado mucha tinta en explicar, como leo ahora, que es mejor enriquecer al lector que empobrecer al texto; pero he aquí que fray Luis nos lleva a problemas educativos actuales y tenemos que volver a sus odas.

MM continúa mostrando los problemas de incomprensión que ha detectado en las soluciones textuales iluminando pasajes o planteando problemas, pues va a terminar declarando que no da la solución por alcanzada (pág. 72), aunque casi toda la batería de ejemplos sirve para devolver a la rama J (Jovellanos) su importancia, y por tanto a relegar a Q (Quevedo), tendencia que no hará sino aumentar a lo largo del libro. En la interpretación juega con frecuencia el criterio de la posible fuente, casi siempre para sugerir cuál podría ser la lectura correcta. Es tan rico, sugestivo, pormenorizado en este sentido el libro que no podremos extendernos más que hacia criterios generales, pues MM se debate frecuentemente entre soluciones que podrían ser divergentes: las más de las veces se inclina hacia la fórmula de raíz, pero no sabemos muy bien cómo se juega con la *variatio*, que sirve ora para rechazar (*la frente de culebras rodeada* de Q, frente a *la frente de ponzoña coronada*, en J) ora para confirmar. Es ejemplar este pasaje, que no concluye nada: «Al recensor representado por Q se podrían atribuir veleidades estilísticas, como cuando en Horacio, oda 2,8, 31-34 «*De ti (venus) la cuidadosa / madre teme sus hijos, y el avaro / padre, y de ti la esposa / teme el esposo caro*», la repetición del verbo «temer» pudo parecerle prosística y oscura, y la sustituye con *guardar* y *celar*, obtemperando al mismo tiempo al ornato de la *variatio*; pero *timere* está en el v. 21 «te suis matres temunt iuvenis»; y se sobreentiende en el verso siguiente: «te senes parci»; ¿mejoras del texto en una segunda redacción?: no parecen tales» (pág. 74). Véase, sin embargo, cómo se reprocha a Macrí (pág. 98) «los criterios entre verbales y estilísticos, confusos e inaceptables». Realmente la profesora italiana desmonta sistemática y rigurosamente (págs. 101-103, sobre todo) el edificio ecdótico de su ilustre compatriota, a veces en argumentos que van contra su propia crítica, como cuando le reprocha (pág. 103; pero véase bien expuesto en pág. 142) la aceptación o el rechazo de la *h*- aspirada en oda 20,85 sobre un «humilde» (en Q), que, naturalmente, no se ha aspirado nunca (por su procedencia latina de *h*- y no de *f*-): «y *planta aquello antiguo, humilde y llano*» (Q, frente a «aquello santo...», en J).

Los criterios ecdóticos comienzan a manejarse sistemáticamente, como vemos, en el capítulo sétimo. En general, como refrendarán las páginas finales, MM vuelve a una lectura que da prioridad a los testimonios de la familia Jovellanos, frente a la tradición inmediata, consolidada por Macrí y más o menos aceptada por todos los editores posteriores, de cuyos trabajos da rigurosa cuenta MM, si se exceptúa del último, que no alcanzó a ver, la ed. de Ramajo (Madrid, Galaxia Gutenberg, 2006). «El examen realizado en las poesías me confirma en la presunción de que J es preferible en la representación sustancial del texto auténtico, a costa de Q» (pág. 117). Los ejemplos aducidos son luminosos, a veces contundentes, como el primero de todos (oda 13, 22: «*temes al claro Alfonso*» (Q), frente a «*temes del caro Alfonso*» (J, pág. 68), para expre-

sar la zozobra de Portocarrero por la vida de su intrépido hermano. No lo son tanto los que se basan en la mayor o menor lejanía de la fuente (como el siguiente citado, oda 21, 20): «y la infernal Meguera / la frente de culebras rodada» (J), frente a «...la frente de ponzoña coronada» (Q); cierto es que Q se aleja de la fuente o del «cotexto», pero alejarse o acercarse o variar no deja de ser un criterio estilístico cuando lo que se dice significa igual, y ya sabemos lo que pasa con los criterios de estilo y de gusto, contra los que se revuelve continuamente MM («Es subjetivo el criterio estilístico...», pág. 116). Parece caso diferente el de los modelos contradichos, ahí sí que puede haber error, como ocurre en varios ejemplos («nuves» por «nieves», pág. 70). A pesar de todo, MM advierte: «...pero tampoco puede esgrimirse el primado absoluto de J, en la insólita hipótesis de que fuese el ‘testigo óptimo’; ya la fidelidad al texto latino, cuando es decisiva, sugiere un texto híbrido, pero dejando un espacio muy reducido para la teoría de una revisión que dejamos como posible pero menos probable, a lo que hemos podido ver» (pág. 124).

Es imposible ahora intentar discutir las decenas de ejemplos sobre las que MM discurre con competencia y sagacidad, pertrechada de un envidiable conocimiento de las fuentes, tanto las cristianas como las grecolatinas, pero tenga en cuenta el lector que se le devuelven a fray Luis lecturas tan importantes como el «contemplar la verdad pura sin velo» (oda 10, 5, en J) frente a Q «contemplar la verdad pura sin duelo», razonando cabalmente el carácter de sintagma fijo o modismo de «sin duelo»; el «Despiértenme las aves / con su cantar süave no aprendido» (oda, I, 31-2, en J) frente a «... con su cantar sabroso no aprendido», de Q, conservando el trisílabo tan petrarquesco y, añadiría yo, tan de época y tan poético (y véase también, pág. 132). La contradicha estrofa IV de la oda 12 («Quien de dos claros ojos, / de un cabello se enamora...»), que está solo en Q, «representa un desvío del severo tono estoico de las estrofas contiguas» (pág. 113) y pudo deberse a un recensor. Menos convincentes resultan sus continuadas sospechas sobre el prologuillo en prosa —el de las «obre-cillas» que se le cayeron de las manos— y sobre los cinco sonetos amorosos, que acepta a regañadientes, como posible ejercicio poético (pág. 118). ¿Nunca temblaría de emoción el agustino por la contemplación de la belleza femenina? Sencillamente no se puede dudar de un testimonio coherente en un motivo o dato razonable: habría que dudar de la autoría de todas las odas.

Especialmente interesante, porque la cobertura a la especulación es menor, resulta el análisis de los tercetos autógrafos del *Libro de Job* (págs. 124 y ss.), no tanto por el texto en sí, sino porque muestra los modos de trabajar de fray Luis y «se destaca del resto de los versos porque el autor volvió sobre ella con tachaduras, enmiendas e intervenciones» (pág. 124), algo que MM admite para versiones, pero no tanto para los poemas originales. Su análisis lleva a un curioso callejón: el texto autógrafo no refrenda exactamente ni a J ni a Q (el jue-

go de testimonios, además, es distinto): «J no sale indemne, pero se muestra proporcionalmente más plausible» (pág. 129). Por otro lado, la aparición y reaparición de testimonios autógrafos (véase por ejemplo pág. 141 y notas) parece indicar que no existe un catálogo asentado de cuáles son los luisianos, a pesar de la reciente edición de J. San José Lera, alabada y utilizada por MM, y de que también se estudiaron los criterios de fray Luis al publicar *Los libros de la Madre Teresa de Jesús* (véanse págs. 145-146).

El sistema es más que filológico, el de un itinerario que intenta no dejar tósigo sin recorrer: comienza copiando el texto y su primera lectura literal recoge la «taracea de posibles reminiscencias más o menos próximas». El estudio de las fuentes es uno de los aspectos más ricos de la obra, hasta tal punto que fray Luis se lee sobre un fondo de tradiciones literarias riquísimas, cuidadosamente recogidas, esto es, de textos que circularon en la época y que, por tanto, hubieron de ser los manejados por el agustino, eso sí, casi siempre tomando como testimonios los impresos (pág. 194 sobre *De finibus*, por ejemplo, de Cicerón), sin aventurarse mucho a la circulación, siempre problemática, de manuscritos. El recorrido es iluminador siempre, por ejemplo en el caso de la misma oda IX que hemos traído a colación, en donde la dependencia de la versión ciceroniana es evidente, y en donde hasta el verso final, vagamente señalado como resto de algún adagio o de algún pasaje agustiniano, «corre por todos los manuales de moral cristiana» (pág. 497).

Retorna luego a problemas textuales (ya situados debidamente antes en un contexto global), en este caso para aceptar la autoría de la estrofa IX (vv. 51-55) «por pertenecer a la adaptación de Cicerón... y además porque su omisión interrumpe la ilación sintáctica entre la dicha estrofa y la XII...».

Se analizan y sistematizan a continuación los aspectos morfológicos y sintácticos de todas las palabras, siempre con el rabillo del ojo puesto en su herencia etimológica y sus resonancias clásicas, lo que permite caminar con más seguridad. El resultado es una verdadera gramática de las formas, válida para la lengua del último tercio del s. XVI, y así, nos parece, se va a emplear tan rico despliegue, que se alarga a las formas y tiempos verbales, a la sintaxis. La parte más extensa, rica y convincente es la que se refiere a la sintaxis semántica de los términos, es decir, a las asociaciones léxicas de base semántica, tipo «*cevar* es solidario con nombres de seres animados» (pág. 485), «*irse* se iba fijando como pronominal», «*huir* es transitivo con complemento abstracto», etc. Aspectos que resultan especialmente importantes cuando se aplican a la solución de problemas ecdóticos y, en consecuencia, a interpretaciones ulteriores; así en pág. 525 a propósito de la difícil estrofa *Retira el pie, que esconde / sierpe mortal el prado: aun que florido / los ojos roba, aonde / place más, metido / el peligroso laço está escondido*; dice MM: «Ninguno de los editores

que dividen así la lira explican cuál es el nexo de la oración conectiva con lo que precede; el cual en cambio resulta evidente si se adelanta la pausa principal al 2º verso, y se interpreta *metido* como anteposición antepuesta de *laço*» (y sigue la lectura que he copiado). Todo ello sin dejar de tratar usos y etimología, aspecto riquísimo con lagunillas sorprendentes, que quizá se deban a alguna mala lectura de este reseñador, tal la insistencia en interpretar *frutilla* una y otra vez como ‘fruta pequeña’ y no como ‘fresa’, valor hartamente conocido y que todavía tiene en muchos lugares de Hispanoamérica (véase pág. 487 y nota, pág. 876, pág. 898 y pág. 921, esencialmente). Dicho sea de paso y a propósito de esta *frutilla*, llama la atención que en el riquísimo inventario de nombres de botánica que acompaña al cap. X no se hayan utilizado repertorios más locales o históricamente más cercanos (como la monografía de José Pardo y M^a Luz López sobre *Las primeras noticias sobre plantas americanas...*, Valencia: CSIC, 1993); pero me doy cuenta perfectamente de que a un volumen del calibre del de MM no se le pueden objetar olvidos bibliográficos. En la majestuosa y detallada exposición del vocabulario que acompaña a la versión de las *Geórgicas* (cap. VI), ya que andamos por el jardín de la botánica, quizá cabría, salvando detalles, delimitar lexicografía y realidad histórico-botánica (algo se dice en pág. 940), pues el lector se lleva, de otra manera, muchas sorpresas: es imposible confundir realmente un tejo (*taxus*) y un tilo (*tilia*); o un avellano y un cornejo (*colurnus*), aunque proceda de Nebrija; apreciación que podría extenderse más allá, pues el «*pacereís ya las escobas*» (v. 284, pág. 780) suena demasiado raro, si no se añade que todavía hoy las «escobas» son en muchos rincones peninsulares las «retamas» con las que se fabricaban. En algunos momentos se cruzan los problemas textuales (pág. 525) y entonces admiramos la aplicación cabal del arduo análisis filológico. El resultado, como ya dije, es enciclopédico, con entradas que podrían sistematizarse sobre centenares de términos (*atender, oreja/oído, inclinar, cuidado...*) no siempre bien recogidos en los índices.

De vez en cuando la autora deja caer una preciosa pincelada que nos remite de la Filología pura y dura a los versos de fray Luis y que, si los engavilláramos, producirían un tratadillo precioso sobre el estilo de fray Luis: «...las palabras no han de ser latinas para surtir efecto poético...» (*aire* frente al petrarquesco *aura*, pág. 555). «La ausencia de los adjetivos posesivos no restrictivos (en IX) contribuye a la vaguedad sugestiva del relato» (pág. 514), e inmediatamente el «efecto poético» que produce la ausencia de artículo indeterminado, sobre todo tras preposición (*en lugar firme* y *enxuto*), construcción en equilibrio entre la norma y el estilo. En nota se señala la tendencia de la época, acentuada en fray Luis, a emplear sintagmas adjetivos con «no» (pág. 532, n.). La «resolución final distensiva característica de no pocas liras luisianas» (pág. 557). El epífrasis, es decir «adaptar por acumulación un elemento más a una oración en

sí cabal» (pág. 557, a propósito de oda VI, «*No te engañe el dorado...*»). Fácil era señalarlo en muchos casos, pero había que hacerlo de modo adecuado, por ejemplo el *ya* «entre temporal y deíctico y acelerador del ritmo...» (pág. 566), tan de fray Luis. La falta de concesiones al estilo doctrinal (pág. 752, y todo ese extraordinario capítulo, sobre versiones luisianas). Incluso los saltos de estilo en relación con Quevedo (págs. 1287-1288): «La simetría propia de la poesía medieval y cancioneril, que ya fray Luis rompía con los falsos desdoblamientos o con virajes entre las estrofas a la manera renacentista italiana, se ha quebrado en el barroco, y Quevedo asume la ruptura como criterio de composición». Ese tipo de apreciaciones, impagables a veces, se van a mayores y afectan a campos profundos de la interpretación, a los que parece no querer asomarse con tanta frecuencia MM, dado su rigor filológico, como ejemplificaremos luego; de ese tenor cuando señala que la imitación —de Ovidio, en este caso, *Tristia*, I, II, 39-42— que se adivina en «*de un torbellino / traidor acometido y derrocado...*» (oda II, 36-39) «atenuaría la referencia autobiográfica»; en tanto que las alusiones mitológicas «confieren dignidad al dictado» (pág. 883). O que el predominio del nombre abstracto ha de relacionarse con imposiciones del metro (pág. 1126). La solidaridad entre según qué términos resuelve muchos problemas ecdóticos y de estilo (ya hemos citado ejemplos, véase también pág. 1135).

Toda esta ardua tarea cobra significado vital en las dos breves páginas iniciales, cuando la autora justifica cosas como que «Aturdidos por la plétora de información que nos llega de los cuatro rincones del orbe, sentimos la atracción de un ‘secreto seguro deleitoso’, desde donde la contemplación de la naturaleza se le traducía al fraile agustino en intimidad y orden interior» (pág. 15); o cuando se pregunta cómo «el auge de la investigación científica limita el alcance de un saber retrospectivo como el filológico y humanístico; pero ¿ha de menguar por esto el reconocimiento de los valores que los sabios y poetas del pasado nos han transmitido, con su capacidad de contemplación del entorno?» (pág. 15).

¡Qué español tan rico el que emplea MM! Quizá limpiaríamos «concretiza» (pág. 515 n), el doble «imperante» de la pág. 25 (y puestos a limar dobles, son demasiados dos «obliterar» para una sola página, la 24). «Quevedano» (pág. 573) quizá sea errata. El «regularizar» (pág. 69); «congruidad» (pág. 134), «impelente» (pág. 499); pondríamos en cursiva los modos latinos de citación (tipo «*et passim*», el *iter*, *varia lectio*, *similla simulum*) los extranjerismos en general (*tout court*, pág. 328); mantendríamos todavía la posibilidad de no usar el «a resolver» (pág. 323, nota) y huiríamos de las «*tentativas*» anglosajonas (pág. 1289)... Poca cosa frente a la extraordinaria perspicuidad de tan precioso volumen.

La actualización bibliográfica es innecesaria cuando, con excelente tino, utiliza ediciones viejas (tal la del *Corbacho*, pág. 73, n. 183) frente a trabajos modernos de más dudoso valor; aunque resultan poco funcionales las llamadas a artículos y trabajos, ligeramente remozados o recogidos en volúmenes posteriores (como el de Eugenio Asensio sobre Américo Castro, que salió a nueva luz bajo el título de *La España imaginada de Américo Castro*; pág. 25 n.); o aquellos de los que hay versión española (como el libro de Thompson, pág. 629 n). La indeterminación «un don Lorenzo Van der Hammen y León...» (pág. 36) no es de recibo tratándose de personaje tan importante para nuestras letras, aunque solo sea por su intervención en la edición de las obras de Quevedo y la exposición y catálogo de hace unos años en la Biblioteca de Palacio. La nota 339 de la pág. 130 sobre «el cultivo de la crítica textual en España desde los años '60» resulta, desde luego, ya bastante anticuada; pero es que el «recientemente» de esa nota parece apuntar hacia el año 2000... Nada hemos dicho de los argumentos retóricos, usados desigualmente, tanto para bien (la rica y hermosa nota 1865 de la pág. 646, que resuelve las denominaciones latinas según los usos coloquiales de fray Luis) como para no tanto: mejor hubiera sido prescindir de denominaciones y estudios modernos (fáciles de engavillar, por ejemplo, a través de la enciclopedia de H. Morier) una vez que se han descrito de modo tan preciso los mecanismos retóricos en cada caso.

Lectura filológica, extremadamente rica y sugestiva, por tanto, «en la voluntad de leer los escritos de antaño con los ojos de la época y no con los de la presente...» (pág. 130). Bien está: pero no hace falta cerrar la puerta más cercana, la de la lectura actual, una vez que se ha argumentado como —sin tilde otra vez— es infinitamente más enriquecedora la que sabe, además, irse a la época, es decir, la que se enriquece con conocimientos históricos que, de otra manera, se perderían.

El capítulo sobre la oda VI, a la Magdalena (toda una monografía, que ocupa las págs. 273-467) nos puede servir de guía para esquematizar el método filológico de MM con todo su esplendor. Comienza, en efecto, con la transcripción de la oda, a la que siguen unas breves notas sobre su datación para pasar enseguida al señalamiento de fuentes, sobre todo grecolatinas y de la poesía moderna, pero buscando «ilustrar las dos vetas de la poesía luisiana, la profana y la religiosa» (pág. 275). El recordatorio de los lugares clásicos recorre los *topoi* de la mujer hermosa en Virgilio, Horacio, Tibulo, Propertio... «pero todo el castillo... se vendría abajo si Elisa le sonara al fraile agustino por una contaminación entre el nombre común y el propio recordando el himno atribuido a San Gregorio, «Magna Deus potentiae», que él mismo cantaba en el oficio divino...» (pág. 279). El recurso a las fuentes se expande hacia los contemporáneos (Almeida, Medrano...) y resulta harto difícil de perseguir cuando conecta

con la misoginia y otros motivos universales. Ya sabemos, con Borges, que un verso compromete a todo el universo.

En la segunda parte de la oda fray Luis describe la conversión de la Magdalena, con remites a los evangelios, pero con una larga tradición crítica detrás, en la que se encuentran no solo las tesis que MM dice no haber llegado a ver, sino otras muy importantes, especialmente la tesis francesa, de la Sorbona, de Line Anshelme. La bibliografía es incesante (Catherine Rondou, «Quand Madeleine cesse de pleurer. Étude...», en *Les Lettres Romanes*, 41 (2007), 89 y ss.). MM pasa rápida revista, por lo demás, a la aparición del tema en la literatura medieval, incluyendo el romancero y el drama litúrgico, desde donde llega a alcanzar la lírica culta (fray Iñigo de Mendoza, Pedro Malón de Chaide, el mismísimo Lope...), sin perdonar atribuciones de todo tipo, con sus conexiones añadidas. Todo ello le permite rastrear las líneas esenciales del motivo de la Magdalena en su dimensión religiosa, que va de la piedad a la devoción. Al estudiar esa tradición, MM efectúa el mismo itinerario, a partir de las fuentes evangélicas, los apócrifos (obviamente, no ha alcanzado a consultar la reciente monografía de Fradejas Lebrero), los exégetas (sobre todo San Agustín y Gregorio Magno) hasta las disputas de la edad moderna (págs. 297-298), y el breviario de Francisco de Quiñones, Cardenal de Santa Cruz (última de las 18 ediciones, de 1566). Después de las fuentes, desciende MM a la interpretación «contra el fondo de los modelos», con estaciones en el título (*gentil señora*), la belleza física, el cabello, el «atrevimiento» de la Magdalena, los besos sin cuento, el lavado con el llanto (y *manantiales* como adjetivo), el *servicio*, el *estado*, etc. hasta llegar a «de amor guiada y pena» (v. 51), pues además de su sentido penitencial evidente, «en esa pena junto a *amor* puede haber algo de la *dolce pena* de Petrarca» (pág. 314). Como bien se observa el análisis de los motivos desciende, y no podría ser de otra manera, a niveles léxicos, semánticos y gramaticales, que afectan por ejemplo a *Fiado en sí*, *gentes*, *bien fingido*, *huésped*, *cieno*, *pies*, *saber*, *reparo*, *ramo/a*, *mover* y *conmover* (con un excursus ¡de unas ciento cincuenta páginas!, ¡de la 1196 a la 1251!)... El tratamiento de los sentidos corporales enlaza, por ejemplo, no solo con su denominación, sino con la «progresiva moralización» postridentina, cuando «cobran un papel primario negativo en la imputación de la responsabilidad moral» (pág. 322), de manera que Cetina, las canciones tradiciones y las Cartillas apuntalan, como modelos, la interpretación, a lo que hay que añadir —no le convence de todo a la autora, claro— que la ofrenda de la Magdalena bien pudiera ser un «votum».

Terminada esa revisión, MM vuelve sobre toda la obra y sobre sus dos partes, «por si la eventual analogía o el contraste entre las dos arroja alguna luz adicional para la interpretación y descripción del texto y sobre las dos vetas de su expresión» (pág. 328). Ese es el espacio que mejor se construye, de manera que motivos, conceptos, expresiones se cruzan —ayer como hoy, desde lue-

go— para lograr la mejor expresión: «el bien divino» (el *summum bonum*), *polvo, torpe, suelo, soberano, presentar...* transparentan esa confluencia que es no solo típica de fray Luis, sino muy especialmente de su tiempo. Algunos lugares se encuentran a medio camino, como *reposo* y *sosiego* (término y concepto para el que se podría haber recordado el conocido artículo de Menéndez Pidal) y otros, particularmente *prenda* dan lugar (págs. 331-334) a un riquísima disquisición a la que siempre que aparezca el término habrá que volver.

Cuando en el trascurso de la exposición salen al paso problemas textuales, MM se detiene en ellos, como ocurre con las estrofas 8ª y 9ª, que analiza detenidamente para desmontar el texto de Macrí, lo que equivale a decir, la vulgata de las odas luisianas. Los razonamientos se presentan siempre ajustados, así *...dos fuentes son manantiales* (JM), frente a *...dos fuentes sean manantiales* (Q), pero pocas veces alcanzan el rango de incontrovertibles, como todo en esta vida, desde luego; así, en el ejemplo aducido (vv. 79-80) el indicativo interpreta mejor, dice, que la abundancia de lágrimas es constatada y no eventual y da como *facilior* «son», apoyándose además en el efecto poético de *manantiales* con diéresis; es probable, sin embargo, que *sean* (Q) en la rama distensiva del verso no tenga ningún problema en pasar como sinéresis, lo que ocurre frecuentemente. Ya hemos hecho referencia antes a las explicaciones métricas, que siguen a la discusión ecdótica.

¿Y fray Luis? Omnipresente y huido al mismo tiempo. MM nos lleva a su taller filológico, pocas veces traspasa ese umbral, hacia el hombre, de manera que su figura histórica está tratada con enorme respeto, quizá apoyándose en una secreta afinidad filológica, que asoma, por ejemplo, en un pasaje de la pág. 627 —que dialoga brevemente con Víctor García de la Concha—, cuando fray Luis, como se iba a decir en *El Quijote* (II, 15) por boca de personaje, se atiene a la letra, pues sobre lo «espiritual» ya había «grandes libros por personas santísimas y muy doctas». A salvo con esa actitud, MM refuerza continuamente la literalidad de su exégesis.

Entrar en las páginas del homenaje a fray Luis de MM, como bien se ve, es hacerlo en un universo que conecta paulatinamente con otras esferas hasta llegar a constituirse en una enciclopedia de sabiduría filológica e histórica, guiados por la experiencia, el conocimiento y el rigor de una autora que merecería, a su vez, homenaje de ese tono. Que esta lectura, nunca terminada, lo sea.